

LA BAILARINA DE BALLET

Estalla la música. Se apagan las luces. Se abre el telón. El piso se siente temblar por el aplauso de tres mil espectadores. El corazón se le sale por la boca. Salen a escena las bailarinas. Esperando tras bambalinas su turno de salir a las tablas empiezan las mariposas en el estómago, esos cosquilleos deliciosos. ¿Y si se equivoca y se cae? Fátima es la protagonista principal del ballet municipal. Al terminar la función esperará en la salida a que salga para felicitarla por el hermoso espectáculo. Tengo entendido que está sin enamorado. Hadas debajo de mi estómago y bailarinas en la cabeza. No sé bien lo que le diré después de tanto tiempo sin hablar. Recuerdos antiguos de amor. Ya sé lo que le voy a decir. Mis labios tiemblan. Después de tanto tiempo la veré bailando. La sangre en las sienes. La quiero invitar a comer a un restaurante fino, ahora mismo si es posible, si no mañana o pasado, cuando ella pueda, una cena romántica. Si me rechaza no importa, igual será un gusto verla bailar.

Entonces se me vino a la mente nuestra historia de amor. Ella era una niña; yo, un niño tímido al que le gustaba jugar a los enamorados con las amigas de sus hermanas.

Fátima, a los cinco años se obsesionó con el ballet. No podía esperar la hora de ir a la academia de Lucy para seguir bailando. Fastidiaba a su mamá para llegar puntual a su clase. Solo pensaba en la danza clásica. El ballet no es nada fácil, es la danza más difícil que hay, requiere mucha disciplina, esfuerzo y dedicación. Su ejemplo era Vania, la bailarina más famosa del Perú y con quien años después compartiría el rol protagónico de la misma obra del ballet municipal en fechas alternadas. Vaya tremendo ejemplo de talento y perseverancia. Además es una mujer muy comprometida socialmente. Todo un ejemplo. Solo que Fátima tiene mejor cuerpo para el ballet, casi perfecto.

Aunque yo solo bailo en fiestas o discotecas la música que ponen en esos lugares, mis zapatillas Puma tienen cierto parecido a balerinas negras. Además, cuando los fines de semana me metamorfoseo a homo amphibius y me junto con mi manada a cazar peces largos ratos debajo del mar, mi traje de buzo hace parecer mi cuerpo al de un bailarín de ballet por lo ceñido y por la nítida curva de las nalgas y la marca como de un calzoncillo por fuera como el de Superman o en tal caso como Aquaman.

Y recordé mi vida junto a ella. Cuando todos los días nos sentábamos juntos, ella a mi lado a la misma mesa de las clases en la universidad. Cuando los dos hicimos proyectos para la

clase de antropología o trabajos en grupo en la de filosofía y todos los cursos en los que nos matriculamos juntos. Cómo amaba conversar con ella. Era un encanto de mujer y de una naturalidad hermosa. Toda mi vida la admiré profundamente. Pero en aquellas épocas yo salía con Carmen.

Aunque Carmen es cinco años mayor que Fátima, ellas dos se parecen en que cuando se graduaron del mismo colegio de monjas se llevaron todos los premios a la excelencia académica. Solo que Carmen fue niña prodigio, precoz, superdotada intelectualmente, a los cinco años les ganaba en todo a niñas tres años mayores. En eso se parece más a mí. Luego Carmen se graduaría con el primer puesto de toda la facultad de economía en nuestra universidad (de lejos la más selecta y mejor universidad del Perú en negocios) antes del tiempo normal y ahora que está haciendo su doctorado en una de las más prestigiosas universidades del mundo para hacerse intelectual y dedicarse a la investigación y la docencia, la tildan de genio.

La primera vez que vi a Carmen me enamoré perdidamente. Fue amor a primera vista. El año en que yo ingresé a la universidad, en mi primera clase de economía, a mitad de la sesión se apareció ella con esa personalidad avasallante que solo ella se maneja y mandó directo a mis ojos una de las más hermosas sonrisas que he visto en mi vida en el momento en que la profesora nos la presentó como una jefa de prácticas de lujo. Yo le devolví la sonrisa. Desde ese día volvía en cualquier momento, especialmente en mis noches oníricas, nuestras miradas turbadas pues ella tenía en los ojos una atracción fatal que me excitaba hasta la locura.

Yo siempre iba con Carmen a este tipo de espectáculos, al ballet, a conciertos de música clásica, a recitales de piano, a escuchar a trovadores, al teatro, a exposiciones de arte, al cine. Luego nos tomábamos unas copas y charlábamos tanto que a veces nos sorprendía el amanecer. Jamás me olvidaré ni una sola palabra de nuestras profundas, cultas y divertidas conversaciones. Parecían diálogos estudiados previamente o recitados de un libreto y sin embargo eran espontáneos. Nos guardábamos una admiración mutua sorprendente. Llevaba la genialidad a flor de piel. Me gustaba su mirada turbada. La quise demasiado, quizá más que ella a mí. Le gustaba sentarse en mis piernas y pasar su brazo por mi cuello mientras yo tocaba a Bach, Chopin y Beethoven en el piano de cola de la sala. Recuerdo esa vez, la besé pero mal, la besé mal y ella me respondió con su voz trémula que siguiera. Fumaba mucho, tanto que en la noche roncaba fuerte.

Quizá sea algo desatado contar los sueños de sangre, sudor y leche que tuve en la cama pero es que son recurrentes: «Me miraba fijamente con esos hermosos ojos profundos, nos besábamos, tenía la cara sonrojada y una gruesa vena pasando por la mitad de su frente, estaba ardientemente sobreexcitada. El pelo despeinado por los pechos. Me guiaba con su mano al centro de sus piernas abiertas sin dejar de mirarme directo a los ojos. Hasta el fondo una y otra vez suavemente. Le expliqué cómo era la otra posición. Ella de espaldas a mí; ligeramente encorvada; una de mis manos entre sus nalgas doradas, la otra aferrándose a su delgada cintura. Resuenan sus suspiros de éxtasis, los gemidos vehementes a nuestro ritmo. Me vació dentro de ella. Voltea a besarme y abrazarme con los cabellos enredándose y pegosteándose en los labios con sudor, saliva y líquidos corporales, ese final fue lo más delicioso. Luego de bañarnos en la misma tina caliente, en bata me preguntó si se podía quedar a dormir. A la mañana siguiente aunque me dolía todo el cuerpo, me calentó unos huevos pero yo le dije que quería un perro caliente».

Pero este idilio acabó el triste día en que yo le propuse formalizar más nuestra relación. Los días festivos con mi familia, entre copas, yo tenía conversaciones importantes con mi padre. Desde que ingresé a la universidad, en esas ocasiones siempre hablábamos sobre mi independencia, le decía a mi padre que quería vivir más cerca de la Universidad, mudarme a un pequeño departamento y él estaba de acuerdo pero la condición era que conmigo viviera una chica. Tenía razón pues yo necesito a una mujer que me ordene y administre la casa; en la casa grande donde vivía con mi familia, mi madre cumplía ese rol.

Entonces, una noche, en un restaurante fino y muy romántico, yo le propuse a Carmen irnos a vivir a un departamento los dos, como pareja ya estable. Pero ella no lo tomó bien. Le tiene mucho miedo a los cambios, es quizá para ella un complejo que nunca ha resuelto. Me salió con el pretexto de que su jefe le reprochaba el hecho de que en el curso electivo de historia económica que ella me dictaba había conflicto de intereses, que algunos alumnos del mismo curso se habían quejado de que ella me daba preferencia al calificarme y elogiar mis trabajos e investigaciones y que no era justo que yo fuera el centro de atención pero yo le repetía que no solo era mi curso preferido sino que me marcó tanto que cambió mi vida. Ella me preguntaba si me había peleado con mis compañeros porque habían presentado una carta alegando que no era relación de alumno a profesora sino de enamorados. Yo le respondía que ellos eran unos cobardes traidores porque a mí me trataban con mucho cariño, amistad y camaradería, no me habían ni siquiera tocado el tema de nuestra relación y que yo creía que ellos se estaban vengando de que ella los tratara mal y los jalara y corrigiera con pésimas notas.

Bueno, el hecho es que ella no quería mudarse a vivir conmigo. En ese momento yo me ofendí pues ya no tenía sentido continuar con la relación si ella no quería formalizarla y yo no tuviera con quién compartir una casa. Prefería buscarme una pareja para concretar ese plan. Yo no me imaginaba viviendo solo en un departamento, por pequeño que fuera.

La misma noche del rechazo de Carmen, entre mi almohada y mi soledad, recordé a ese amor de infancia que era una diosa haciendo el papel de princesa encantada en el ballet. Yo quería ser su príncipe azul. Pero era demasiado tarde, aunque antes hubiéramos podido formar una linda relación porque había una química de amor intensa, ella ya tenía otro enamorado. “Es hermano de Jaime Bayly”, me dijo. Y así hablan mal de mí por mujeriego. Bueno, me consolaba el verla todos los días sentada a mi lado en todas las clases y trabajos que compartíamos juntos. Mi mano destocada. Amor que no podía ser. Pobre de mí. Me contaba que le costaba mucho estudiar y al mismo tiempo trabajar en la compañía de ballet como bailarina principal, la primera protagonista. Y tenía excelentes notas, mejores que las mías de lejos. Mi admiración era sincera.

Quería encontrar al amor de mi vida: Mateo por un breve momento me hizo olvidar a Lucía, Carmen a Mateo, Fátima a Carmen y Úrsula a Fátima. Las demás no fueron más que amores platónicos. Alguna vez antes he dicho que Úrsula fue la chica que más quise en la universidad. No lo puedo negar. La quise mucho. Ella también me quiso mucho. También era muy inteligente y tenía excelentes notas, mucho mejores que las mías, además sus dos papás se habían graduado de nuestra misma universidad. Y fue al mismo colegio de monjas que las dos bellezas de las que he escrito palabras arriba. Cuánto amaba cuando con un abrazo fuerte se colgaba de mí y me dejaba sin poder respirar. Ese cerquillo que le tapaba media frente era exquisito. Sus ojos de un verde grisáceo único. Alta, delgada y escultural. Siempre con ropas sensuales.

Pero nuestra relación no duró mucho. Ni siquiera lo suficiente como para que le propusiera mudarnos a vivir los dos solos a un departamento. Yo, traumatado por el rechazo de Carmen, quería encontrar el momento y la oportunidad adecuada para proponérselo. Pero no me dio esa oportunidad. Había dos problemas: ella aún amaba a otro chico y no le gustaba que yo anduviera por allí seduciendo a todas las chicas más lindas que veía adonde fuera que vaya. En la placita de la universidad me pasaba la tarde conversando de lo lindo con Deborah, Andreita, Patty, Rafaella y todas las chicas más guapas de la universidad. Ella tenía con este chico que deseaba, un amor a distancia porque estudiaba en el extranjero. Yo lo ubicaba a él, a su hermano y primo por el colegio británico de élite al que fuimos. Su hermano mayor se llevó todos los premios a la excelencia académica en este colegio y ahora que se había graduado de una de las más prestigiosas universidades de Estados Unidos trabajaba y vivía allí. Habían formado un grupo de música con varios de estos ex alumnos que era relativamente popular en el medio local aunque les costara juntar a todos los integrantes. El chico este que le gustaba a Uchi era no sé si el baterista o el percusionista y tocaba bien. Yo siempre dudé que fuera a funcionar el amor a distancia pero Uchi lo amaba más a él.

No podía hacer ya más nada aunque siguiera terriblemente enamorado. Pero yo no me amilano ante el desamor. Cuando me la encontraba en el internet, por el chat le escribía lo linda que se veía en la foto que había colgado con palabras poéticas inspiradísimas, le escribía versos hermosos que improvisaba en ese momento, como “quién tuviera el increíble placer de ver lo que mis ojos vieron al tenerte frente a mí, la más insuperable obra maestra que solo dios pudo crear” hasta que ya era tarde y le escribí: “se está haciendo tarde Uchi y yo creo que ya es hora de que nos vayamos a acostar”. Pero yo lo decía por ella que tenía clases temprano la mañana siguiente porque lo que es yo, le escribí un poema hermoso que titulé “no puedo escribir este poema” y que sin embargo sí lo escribí, a ella dedicado, y se lo mandé por correo. Decía algo así como: “porque tú mi princesa serías una reina tan genial” o “si no quieres entrar en política es decisión tuya”. Pero bueno, como sea, allí está ese hermoso poema. Esa semana, me la encontré en una fiesta de la universidad y le pregunté si le gustó el poema que le escribí. “Sí, lindo, muchas gracias”, me respondió y yo me sinceré: “gracias a ti por la inspiración”. Luego de conversar conmovidos le dije que no quería morir sin antes bailar por última vez con ella.

Yo soy feliz cuando ella es feliz. Si para que ella sea feliz tenemos que estar separados, aunque yo sufra, dejaría de verla por su bien, para que ella sea feliz. Pues yo siempre estuve dispuesto a todo por ella. Porque la quiero.

Pero todos esos amores se fueron y me dejaron solo. No obstante, a estas bellezas ninguna de mis noches las olvido. Siempre están presentes aunque todos los días me cruzo con nuevas historias de amor.

Muchos años después, cuando ya había terminado la universidad, me encontré con Andreita en una discoteca y luego de unas miradas cómplices y bailar, ella se dio cuenta de que siempre estuve enamorado de ella. Tan enamorado estaba de ella que esa misma noche le escribí un hermoso poema en prosa que no sé si leyó, titulado “saludos”. El hecho es que dos semanas después me la encontré en una fiesta y yo le dije que había muchas cosas que quería decirle, que necesitaba hablar urgentemente con ella pero ella me dijo que fuera después porque estaba afanada conversando con su amiga, que yo fuera a bailar con las primas de Carolina que allí estaban. Bueno pues, me fui a bailar “can you read my mind” con ellas dos pero cuando se dieron cuenta de que efectivamente leí sus mentes como coreaba la canción se me fueron, justo

para mi mala suerte tuvieron que pasar esa canción. No me importó, yo me quedé bailando solo la canción “dancing with myself” hasta que me aburrí. Entonces me regresé a mi grupo de amigos y amigas y me fui con la sorpresa que a cada rato me doy: estaban hablando de mí. Andreita preguntaba por mí, si era el indicado para ella, si formaríamos una bonita pareja, pero a Andreita le decían que yo era un comunista, que les iba a quitar el dinero a los ricos, a ellos, todos nosotros, para dárselo a los pobres. Me molesté con esos amigos porque me hacían quedar mal con Andreita, les dije que yo hablo bien de mis amigos, por lo tanto si son mis amigos deberían hablar bien de mí también, que si no les pegaba. Además les dije que yo no soy comunista, por lo menos no tanto, solo soy izquierdista, quizá más moderado que antes. Luego a una fea que estaba flirteando Stiglich le dije como para que escucharan todos que Stiglich solo hablaba vulgaridades, que yo le sacaba la lengua y le pateaba el culo. Efectivamente le pateé el culo y le saqué la lengua obscenamente, a él eso le gusta, a mí también. Pero ya nada es lo mismo con Andreita, ella se me corre.

Esa misma noche me crucé con Vanessa Kennedy, le dije que debió llamarse Jackeline, por la primera dama de EEUU, esposa de John F. Kennedy; que a mi abuela le decían Miss Robinson por mi segundo apellido, igual que le película “the graduate” con Dustin Hoffmann. Le dije que los irlandeses son lo máximo.

La verdad es que intimido a mis musas. Siempre fue así. A pesar de que me sirven de inspiración, mis diosas se cohíben ante mi presencia imponente, de mi floro sofisticado y mi labia fina, de mis piropos de seductor irresistible. Se me corren. Pensarán que si se comprometen conmigo las haría sufrir sacándoles la vuelta con chicas que puede que sean más guapas que ellas aunque yo les repita que no, que ellas son las más bonitas. O pensarán que si se casan conmigo, como yo estoy metido en política y espionaje se podrían quedar viudas con hijos huérfanos aunque con una herencia como para vivir tranquilas llenas de lujos por el resto de sus vidas. O pensarán en el que he escrito es el amor de mi vida, a la que le he dedicado mis versos más comprometidos, en esa chica que no me ha correspondido aún. Después de todo lo que pasamos. Que es la que espero para cuando me reconozcan.

La fama a veces juega en mi contra, porque mi vida siempre fue polémica desde que era niño y mi profesora de kínder pensaba que yo era el anticristo: bonito, tierno, inocente, rubio y de ojos azules pero capaz de articular oraciones y resolver problemas matemáticos que chicos tres años mayores no podían, superdotado intelectualmente, niño prodigio, precoz, un geniecillo decían. Sin embargo, por mi rebeldía me mandaron al exilio del colegio y la leyenda crecía día a día. Con una vida vivida tan intensa y plenamente, tan al límite que es de película. Y viví para contarle y escribirlo. Hoy por hoy soy una leyenda viviente. Yo no sé porqué al pasear por la calle o por donde fuera, la gente me mira como a una celebridad, quizás han sido mis cómplices y han vivido conmigo alguna de mis hazañas, hemos brindado y festejado, no sé. Soy un mito urbano, una leyenda viviente.

Desgraciadamente, yo tengo necesidades como todo hombre y estoy tan lleno de testosterona y hormonas masculinas que mi pecho velludo no es suficiente, se me está cayendo el pelo a mis veintiséis años. Y estoy tan solo. No me basta con todos los días soñar despierto con mis musas, me encuentro con amores pasajeros por donde pase y tenemos aventuras de amor y sexo pero yo espero al amor de mi vida, por lo tanto corto esas relaciones antes de que se formalicen, por eso son solo ocasionales. Yo, esperando el amor de mi vida.

Como yo estoy solo, en el amor de mi vida definitivo puede convertirse alguna de las que han estado narradas aquí, en mis otros escritos, confesados a mi psicoanalista o simplemente hablados con familiares o amigos; mis amores platónicos o chicas que simplemente me parecen lindas, así como las que me he olvidado de nombrar o las que aún no he conocido. Y claro, serle fiel al amor de mi vida una vez que me comprometa finalmente. Pues yo deseo formalizar con alguna de estas chicas lindas.

Tengo a varias chicas que puedo llamar por teléfono cuando estoy muy ansioso y tenemos relaciones sexuales, ellas buscan calor humano igual que yo, ellas además me dicen que es un placer pasar el rato así conmigo, para qué engañarnos, yo les gusto. Sin embargo, les digo que no me llamen, que yo las llamo y claro, no las vuelvo a llamar. Luego de estar bailando con uno de esos amores ocasionales, en una discoteca, nos fuimos a un hotel caro y mientras manteníamos relaciones en la cama, me quitó el condón adrede, recién me di cuenta cuando ya me había vaciado dentro de ella. Yo me molesté pero ella me dijo que tomaba pastillas anticonceptivas, que no me preocupara. Sin embargo, yo estuve preocupadísimo toda la semana, pensando que ya había metido la pata. La llamé por teléfono preocupado y ella me preguntó qué pasaba si salía embarazada, le respondí que no quedaba otra, teníamos al hijo. Luego me preguntó si nos casaríamos y yo le respondí que eso habría que pensarlo bien. Felizmente esa experiencia no pasó de ser un susto. Me siguió llamando a cada rato para vernos pero yo obviamente ya no quería saber nada de ella.

Sin embargo, esa tarde estaba anonadado sentado en mi butaca de teatro frente a Fátima con las tres mil personas que se habían congregado allí. Estaba anonadado al ver a Fátima como la princesa encantada que espera a su príncipe azul. Yo quiero ser su príncipe azul, despertar a la bella durmiente de su sueño con un beso en la boca antes de que venga la hermosa bruja mala del cuento y me enamore de ella y termine olvidándome de la princesa durmiente por la otra mala tan bella. Ella era como una muñequita con la que juegan las niñas, quizá como una Barbie; en ese caso yo quería ser el Ken. Yo quería ser, como explicaba el librito de la obra al héroe del show, un poeta mezcla melancólica de audacia, caballerosidad y auto desprecio, quien es empujado hacia una vida de hazañas sórdidas por el dolor que siente al ver aplastados sus ideales de la juventud.

El alcalde de Lima le había entregado un premio especial a la mamá de Fátima por la importantísima labor de mecenazgo que había realizado para el ballet municipal. Siempre salía en las páginas sociales de las revistas.

Ella me vio desde el escenario a mí sentado en mi asiento. Cuando la aplaudía nos mirábamos fijamente, tanto que parecía que no hubiese nadie más que ella y yo en ese teatro, yo le sonreía y le hacía ojitos, ella agradecía y me miraba con complicidad.

Recordé nuestro amor de infancia mientras ella bailaba ligera y delicada, dulce y febril, articulada y elástica con esas ropitas ceñidas a su cuerpo. Los vientos y la percusión estallan graves y estridentes. Modelo perfecto o prototípico de cuerpo de mujer. No solamente de cuerpo, Fátima era modelo de mujer, una obra maestra de dios por donde se le mire. Unos violines lloran. Bailaba con rosas en la mano, saltaba, se movía por el escenario como cisne en el agua o pavo real. Yo soy su toro. Con el tiempo quizá me vuelva su dragón mitológico. Y todos ellos bailaban, yo gozaba. Gran final de la orquesta. Termina el espectáculo.

Entonces estaba esperando en una banca de la recepción a que se apareciera. Ya tenía fríamente calculadas las palabras que le haría. Luego la invitaría a comer a ese restaurante fino, no importa cuán cara saliese la cuenta. Conversaríamos. La enamoraría.

Pero estuve esperando cinco minutos y todas las bailarinas salían una tras otra con el maquillaje sin sacárselo. Diez minutos y de pronto por allí aparecía. ¿Es ella? Qué linda niña.

Pero no, era parecida nada más. No era ella. ¿Y si seduzco a alguna otra bailarina? Yo soy campeón enamorando a bellezas o quizás enamorándome de las bellezas. Dejad que las niñas vengan a mí.

Quince minutos. Apagaron las luces y ya no salían más bailarinas. Creo que me iba a dar por vencido. Si ella no quiere verme no puedo presionarla.

Ella al parecer no quería verme, estaba en contacto con sus amigas que le avisaban que yo la esperaba, que no saliese todavía porque yo la iba a abordar. Entonces, me resigné a mi suerte, que ella no quería verme. Pensó que si hablaba conmigo la iba a convencer. Cuando yo me fui, ella pudo salir de su escondite. Pero yo ya me había ido pensando que no sé distinguir el amor de cualquier sentimiento y que estoy cansado de esperar. Y si alguna chica que me gusta lee esto, le digo que aquí la espero para construir nuestro nidito de amor porque hoy estoy muy solo.



Mauricio
del Campo Robinson
Mauricio **d**el **C**ampo

27 de abril del 2009